



Mujeres jóvenes en el medio rural: "nadando contra corriente"

Fátima Cruz

Doctora, profesora de Psicología Social y miembro de la Cátedra de Estudios de Género de la Universidad de Valladolid

Resumen: Empezamos este artículo llamando la atención sobre la diversidad y complejidad social que hay en el medio rural y haciendo una breve introducción sobre la situación de despoblación, masculinización y desagrarización que afecta el contexto rural español, en el que las mujeres jóvenes fueron y son protagonistas claves del éxodo rural. Sin embargo, cuando éstas deciden desarrollar su proyecto vital en el medio rural, se convierten en dinamizadoras del entorno. Por ello, necesitamos analizar su realidad y hacer más visibles los elementos y dinámicas que empujan a las mujeres jóvenes, y a otras personas, a abandonar el medio rural, así como identificar y potenciar aquellos que ejercen un efecto de atracción y vinculación de éstas con los territorios. Por un lado, analizamos aspectos de las estructuras sociales, como son el trabajo, los servicios y las redes de sociabilidad y, por otro, aspectos simbólicos que configuran las subjetividades a través de los procesos de socialización, como son el simbolismo de género, los significados de la ruralidad y la urbanormatividad. Por último, presentamos tres casos de mujeres que están realmente 'nadando contra la corriente' y cómo, a través de sus iniciativas y de la participación en proyectos sociales, económicos y culturales, van construyendo una ruralidad mejor para todos y todas y ampliando el horizonte de posibilidades de ser mujeres en el medio rural.

Palabras claves: mujeres jóvenes rurales, análisis de género, urbanormatividad, simbolismo de género, ruralidad, innovación rural.

Hablar del medio rural es hablar cada vez más de una amplia diversidad de personas, de paisajes y de realidades. Hasta no hace mucho la idea de ruralidad estaba asimilada a la imagen de un mundo agrario, con la agricultura y la ganadería como actividades principales, los varones como protagonistas, y donde la mayoría de la población rural estaría vinculada a ese sector productivo.

Todavía hoy, al hablar del medio rural, se vislumbra el retrato de una sociedad que gira en torno a lo agrario. Un retrato que se aleja mucho de la realidad actual en España y en la mayor parte del mundo. No quiero decir que la agricultura y la ganadería no sean

actividades muy importantes para las sociedades actuales, que lo son y deberían estar mejor valoradas. Sin embargo, esas evocaciones, más que un reconocimiento de esa importancia, son simplificaciones estereotipadas que invisibilizan la complejidad de la propia actividad agraria y del entramado productivo y social que existe actualmente en los territorios rurales. La realidad en España se refleja en las cifras de ocupación por sectores del año 2016, que indican que solamente el 4,2% están en la agricultura, frente a un 76,2% en el sector servicios.¹ Las actividades agrícolas, aun siendo muy importantes para la humanidad, conviven con un amplio y complejo abanico de actividades productivas y reproductivas, que son las que mantienen vivo el medio rural. Y donde las mujeres, sobre todo las más jóvenes, tienen un papel fundamental y no siempre fácil. Además, ese énfasis en la identificación de la ruralidad con la agricultura suele invisibilizar aún más la aportación de las mujeres a las sociedades rurales, dado que la agricultura tiende a ser considerada una actividad masculina. Aunque es sabido que las mujeres siempre han participado en el trabajo agrícola, lo han hecho como mano de obra invisible o ‘ayuda familiar’ y han tenido muy poca autonomía en ese sector.

Diferentes estudios evidencian, desde hace varias décadas, la problemática situación demográfica del medio rural como resultado del éxodo rural selectivo que se viene viviendo en España desde mediados del siglo XX.² Ello ha abocado el medio rural al sobre-envejecimiento y la masculinización, que en muchas localidades ya implica la imposibilidad de relevo generacional. No nos referimos al relevo generacional en las actividades agrícolas, sino a algo mucho más profundo y amplio que eso, como es la despoblación total en pocos años de pueblos y territorios alejados de los centros comarcales o urbanos. En todos los foros sobre el medio rural circula un discurso de preocupación con la despoblación y la masculinización rural en España. Pero, más allá de las palabras, pocas medidas concretas se hacen efectivas para transformar esa realidad y generar proyectos de futuro en el medio rural. Básicamente, porque desde las ciudades y de los centros de poder se entiende que marchar del medio rural es una decisión necesaria e inteligente si se quiere ‘progresar en la vida’ y alcanzar alguna forma de ‘éxito’, normalmente asociado al estilo de vida idealizado de las grandes ciudades que es transmitido a través de los medios de comunicación y de los agentes de socialización.

En ese complejo escenario, el papel que juegan las mujeres jóvenes que viven en el medio rural es fundamental. Aunque numéricamente sean claramente insuficientes para garantizar que los territorios rurales sobrevivan y –además, no se les puede cargar con esa responsabilidad–, cualitativamente, sí son personas que dinamizan su entorno y muchas de ellas se implican en iniciativas colectivas que promueven la innovación social. Por ello, necesitamos analizar con rigurosidad y hacer más visibles los elementos y dinámicas que empujan a las mujeres jóvenes, y a otras personas, a abandonar el medio rural, así como, identificar y potenciar aquellos que ejercen un efecto de atracción y vinculación de éstas con los territorios.

En este texto, para reflexionar sobre la realidad de las mujeres jóvenes y su contribución en el medio rural, analizaremos algunos aspectos de las estructuras sociales

¹ Instituto Nacional de Estadística, *Anuario Estadístico de España*, INE, 2017.

² L. Camarero *et al.*, *La población rural de España*, Fundación La Caixa, Barcelona, 2009.

y del mundo simbólico,³ que configuran las condiciones materiales y subjetivas de la ruralidad actual. Aquí, intentamos comprender cómo la ruralidad y la urbanormatividad se entrelazan con los mandatos tradicionales de género en las prácticas sociales y en las subjetividades para la construcción de la 'España vacía'.⁴ A continuación, presentamos también tres casos de mujeres jóvenes que están sorteando esos mandatos y construyendo opciones de vida que les son apetecibles y favorables al medio rural del siglo XXI.

Elementos socio-estructurales: trabajo, servicios y redes de sociabilidad

La actividad productiva (visible e invisible) en la sociedad se fundamenta en una división del *trabajo* que se establece en función de las atribuciones de género. La organización de la vida cotidiana reproduce históricamente un reparto de roles diferenciado para hombres y mujeres, que además tienen condiciones de desempeño distintos y jerarquizados. El mercado laboral en el medio rural es limitado y suele circunscribirse a las actividades relacionadas con los recursos locales y con la prestación de servicios a la población local o visitante. La visión patriarcal dominante prioriza la colocación de los hombres en los empleos locales disponibles, y se tiende a pensar que para las mujeres trabajar fuera de casa es opcional o secundario.⁵ Así, las jóvenes tienen oportunidades más limitadas de inserción laboral, principalmente en el sector servicios y más en aquellas actividades relacionadas con el ámbito doméstico y con el cuidado de personas dependientes.

«El acceso al mercado laboral de las más jóvenes se hace en condiciones más difíciles y supone elevada precariedad... en el caso de las mujeres el 'trabajo de calidad' es más una fase temporal y probablemente efímera en su trayectoria profesional. No es efímero el trabajo femenino, lo que es efímero son sus condiciones de regularidad».⁶

Además, la empleabilidad en el medio rural depende en gran medida de la automovilidad, que en el caso de muchas mujeres todavía está supeditada a la disponibilidad de recursos sobre los cuales los varones, jóvenes y mayores, tienen prioridad de uso.⁷ Como se constata:

«[...]entre las jóvenes rurales, los grupos que presentaban una alta movilidad (con trabajo fuera del municipio, vehículo propio, que empleaban más de 20 minutos de media en el trayecto cotidiano al trabajo) disfrutaban de empleos directivos, técnicos

³ S. Harding, *Ciencia y Feminismo*, Morata, Madrid, 1996.

⁴ S. Del Molino, *La España Vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Turner, Madrid, 2016.

⁵ F. Cruz, *Género, Psicología y desarrollo rural: La construcción de nuevas identidades*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 2006

⁶ L. Camarero, «Invisibles y móviles: trayectorias de ocupación de las mujeres rurales en España», *Ager, Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, núm. 7, 2008, p.26.

⁷ L. Camarero, F. Cruz y J. Oliva, «Rural sustainability, inter-generational support and mobility», *European Urban and Regional Studies*, 23(4), 2016, pp. 734-749.

o profesionales. Mientras tanto, los grupos con una movilidad baja [...] mantenían peores condiciones de empleo y más a menudo trabajos no cualificados».⁸

Así, otro elemento estructural que expulsa a la población del medio rural es la reducción en los *servicios*. Entre ellos, la sanidad es una preocupación relevante, porque afecta a la gran proporción de población envejecida. Pero hay que poner de manifiesto muy especialmente las deficiencias en los transportes públicos, que son prácticamente inexistentes entre los pueblos más pequeños y remotos. Esta limitación condiciona, principalmente, la movilidad de las personas menores de 18 años y las más mayores. Ello afecta directamente a las mujeres jóvenes que, además de sus propias necesidades de desplazamiento, ven sus agendas personales adaptadas a los compromisos y actividades de los miembros dependientes de la familia. Como parte de las tareas de cuidados, las mujeres tienen que encargarse de los desplazamientos de las personas de la familia que quedan excluidas de la automovilidad, sea por la edad o por no disponer de coche propio.

Los servicios públicos no llegan con equidad a todos los territorios porque sigue imponiéndose la lógica mercantilista, la cual prioriza la rentabilidad de las inversiones también en las políticas públicas y excluyen a los territorios más remotos y menos poblados. Por otro lado, la iniciativa privada tampoco atiende a las necesidades si no hay un volumen de demanda que reporte suficiente rentabilidad económica. Así, en el medio rural, la dependencia del entramado familiar y social es determinante en la calidad de vida local. Las nuevas residentes, en general, no cuentan con ese apoyo familiar dentro del territorio y eso constituye una limitación significativa, principalmente, en el cuidado de los niños y niñas pequeños que, invariablemente, recae más sobre las mujeres jóvenes. Las mujeres locales, por su parte, cuentan con más apoyo familiar local, pero eso implica contrapartidas. La cadena familiar de cuidados multiplica las responsabilidades y la atención hacia otros miembros de la familia, además de suponer un control social (y moral) que en muchos casos coarta la autonomía personal de las mujeres jóvenes.

En otro plano, un elemento estructural especialmente importante para la vinculación de las jóvenes rurales con el territorio son las *redes de sociabilidad*. La calidad de vida de las mujeres jóvenes y la valoración del entorno tiene una relación directa con las dinámicas sociales de las cuales éstas forman parte. La familia y las amistades, los grupos en los que participan y la calidad y diversidad de las actividades sociales y culturales que puedan realizar, son determinantes en la valoración del entorno. Hoy en día, los estilos de vida y de consumo, incluso en los rincones más remotos, están marcados por pautas culturales cada vez más globales y las mujeres rurales comparten las aspiraciones y necesidades del mundo occidental posmoderno. El asociacionismo femenino, el acceso y la participación en actividades culturales y grupos diversos y los espacios de encuentro y ocio son estructuras que producen una ruralidad dinámica y atractiva. Así, la construcción de un entorno social y cultural dinámico con un mundo de relaciones sociales satisfactorias es un elemento fundamental para la permanencia de las mujeres jóvenes en el medio rural, y mucho más para atraer a nuevas residentes que se establezcan viniendo de otros lugares. Porque no hay que olvidar que para la sostenibilidad social del

⁸ L. Camarero, M. L. Castellanos, I. García y R. Sampedro, *El trabajo desvelado: Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*, Instituto de la Mujer, Madrid, 2006, p. 156.

medio rural, ya no es suficiente que las mujeres jóvenes no se marchen, es imprescindible que nuevas residentes se queden a vivir. Y ello depende, en gran medida, de los vínculos afectivos que establezcan con el territorio y dentro del territorio.

La llegada de nuevos residentes, principalmente mujeres jóvenes, es una aspiración en todos los territorios rurales, pero no es una situación sencilla. Precisamente, se confrontan visiones del mundo y experiencias vitales diversas y, en muchos casos, entendidas como realidades opuestas, como son las diferencias generacionales, el dominio patriarcal y las vivencias urbanas y rurales. En ese momento, más que los factores estructurales objetivos, son los significados que pueblan las experiencias personales y que construyen las expectativas en las interacciones sociales los que determinan las posibilidades de diálogo y entendimiento o sientan las bases para la segregación y los conflictos. Intentaremos adentrarnos brevemente en esa confrontación entre significados que construyen las prácticas sociales, legitimando o transformando las desigualdades sociales, discriminaciones, estereotipos y relaciones de dominación-subordinación.

Simbolismo de género, urbanormatividad y significados de la ruralidad

El mundo simbólico es el conjunto de significados socialmente construidos sobre los elementos del entorno, que son conservados, reelaborados y transmitidos sucesivamente en la comunidad cultural.⁹ Queremos abordar aquí dos sistemas simbólicos que inciden de manera importante en las vidas de las jóvenes rurales y en la (in)sostenibilidad del medio rural: el simbolismo de género y la urbanormatividad.

El simbolismo de género sería la transmisión de los contenidos culturales de lo que significa ser hombre o mujer en cada contexto específico, teniendo el patriarcado como organización social general. Los estereotipos de género están en la base de los significados que marcan el sexismo presente en las sociedades. Los estereotipos actúan como filtros cognitivos en las interacciones sociales, pues se espera que las personas piensen, sientan y se comporten en coherencia con las características asignadas, definiendo las expectativas de los demás, la dirección de las presiones sociales que se ejercen sobre hombres y mujeres y las posibilidades de ser de unas y otros dentro de la sociedad. A pesar de los progresos de las últimas décadas en la situación de las mujeres en las sociedades occidentales, los estereotipos de género siguen marcando las pautas de socialización femenina y masculina, tanto en el mundo urbano como en el rural, definiendo primariamente a las mujeres como 'seres-para-otros'. Una condición social que limita su capacidad de agencia. Mientras las mujeres tienen más dificultades para desarrollarse en el ámbito profesional, lo doméstico y las tareas de cuidados les siguen pesando demasiado. Esa desigualdad se legitima principalmente a través de los discursos que apelan a las cualidades afectivas y relacionales consideradas más propias de la feminidad. Las mujeres más jóvenes tienden a ser más conscientes de la igualdad formal que se está conquistando en las sociedades occidentales, mientras los mecanismos más sutiles de reproducción de la subordinación femenina pasan inadvertidos en las prácticas cotidianas.

⁹ J. Bruner, *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Alianza, Madrid, 1992.

En el caso de las mujeres rurales, además, el simbolismo de género se entrelaza con los significados de la ruralidad. El medio rural es considerado un entorno hostil para las mujeres jóvenes, principalmente para las autóctonas, más coercitivo que las ciudades, porque los mecanismos de control social son más efectivos por las relaciones de proximidad y hay menos espacio para que las transgresiones a los mandatos de género pasen desapercibidas.

Además del simbolismo de género y las nuevas (y viejas) formas de sexismo, también la urbanormatividad incide sobre los significados de la ruralidad y la opción de construir un proyecto de vida en el medio rural. La urbanormatividad es un sistema simbólico donde el mundo urbano y la ciudad son la referencia normativa fundamental.¹⁰ Se entiende: «que los intereses de las ciudades son de suma importancia, que las normas y valores culturales urbanos no solo son dominantes sino también superiores»,¹¹ de tal manera que la urbanormatividad parece «normal, natural e incluso deseable». ¹² La ciudad es la idealización de progreso y prosperidad, mientras el medio rural es el ‘afuera’, es donde ‘no hay nada’.¹³ Así, el medio rural es resignificado a partir de las necesidades e intereses de las ciudades: como proveedor de bienes y servicios, espacio de ocio y aventura, lugar de esparcimiento sin estrés, etc. Pero, sobre todo, lo rural es simplificado y homogeneizado, desdibujándose sus especificidades y valores intrínsecos, sin reconocer ningún tipo de interdependencia desde lo urbano. La perspectiva urbana reafirma su superioridad y la capacidad de definir ‘la realidad’. Lo rural aparece en el universo simbólico moderno como vastas adyacencias de las ciudades y sus habitantes como prestadores de servicios necesitados de la clientela urbana.

Así, la urbanormatividad actúa en la construcción del imaginario social de la población rural, y aún más sobre la más joven a través del proceso de socialización, transmitiendo valores que idealizan la vida en las ciudades y se asocian con libertad, riqueza, dinamismo, actividad y oportunidades de éxito y desarrollo para la juventud;¹⁴ a la vez que en los estereotipos sobre la ruralidad se transmiten subrepticamente contenidos de subalternidad, además de las deficiencias y limitaciones estructurales que indicamos anteriormente. Por todo ello, las mujeres jóvenes que deciden quedarse en el medio rural o trasladarse a él desde las ciudades están cuestionando y rompiendo con ese imaginario social dominante. Veremos ahora tres casos de mujeres que están ‘nadando contra la corriente’, y en ello van construyendo una ruralidad mejor para todos y todas.

Mujeres que construyen la sostenibilidad rural

No son pocas las mujeres que deciden desarrollar su proyecto vital en un territorio rural. Muchos son los casos que se podrían narrar para ilustrar esos procesos que las mujeres

¹⁰ G. Fulkerson y T. Alexander, eds., *Studies in urbanormativity: Rural community in urban society*, Lexington Books, Lanham, 2014.

¹¹ *Ibidem*, p. 5.

¹² *Ibidem*, p. 17.

¹³ F. Cruz, *op cit.*

¹⁴ *Ibidem*.

están construyendo en el sentido inverso a la tendencia dominante de ir de los pueblos más pequeños a las ciudades más grandes. Aquí hemos elegido tres casos,¹⁵ procurando poner en valor la diversidad de perfiles y de contextos que existen y que necesitan hacerse más visible en el medio rural.

María: diplomada en Educación Social, había vivido siempre en Madrid hasta que la familia dio el salto hace 13 años de ir a vivir a un pueblo de 300 habitantes de Extremadura. Está casada y es madre de una niña de diez años y un niño de siete. Después de diversos contratos temporales en recolección de verduras, animación sociocultural, impartición de formación y talleres en la zona, montó una cooperativa con otras tres mujeres y abrieron una librería-cafetería 'que funcionaba como espacio cultural para toda la comunidad de pequeños a mayores'. Según ella misma explica 'ahí había mucho corazón y mucha ilusión, sobre todo en el proyecto cultural y comunitario, [pero] no hicimos bien los cálculos de empresa' y la cooperativa no prosperó. Pero ese espacio se ha transformado en un centro social que es ahora autogestionado por una asociación con el colectivo de personas que lo estaban utilizando. María ahora trabaja a media jornada en una tienda de ropa, participa en la asociación de mujeres, en el centro social y en otras estructuras ciudadanas que han creado en la comarca. Actualmente es la alcaldesa de su municipio.

Silvia: nacida en un pueblo de menos de 2.000 habitantes, estudió Ingeniería Agrícola. Ha estado viviendo en la ciudad y, acorde con su formación, trabajando varios años en actividades de servicios a personas y empresas vinculadas con el sector agrícola en su provincia. Viviendo en la capital, también trabajó tres años como teleoperadora hasta que perdió su trabajo. La crisis económica afectó también a la situación laboral de su marido. Al reducirse las perspectivas laborales, ambos deciden dejar la ciudad y volver al pueblo de Silvia para reabrir la frutería que sus padres habían mantenido con mucho éxito hasta la jubilación. Además, una actividad que ella conocía directamente desde muy joven por las horas de 'ayuda' que había dedicado al negocio familiar durante sus períodos vacacionales. Actualmente, además de trabajadora y empresaria en la tienda-frutería que reabrió con su marido en el pueblo, y en la que suele haber fila para comprar, es madre de dos niñas menores de tres años.

Karma: nacida en Salamanca, donde se licenció como geóloga, realizó el doctorado en el sur de España y, después, cursó tres años de posdoctorado en París. Desde París, decide trasladarse a vivir a un pueblo de 30 habitantes en la Montaña

¹⁵ Los casos presentados forman parte de la investigación «Participación de las mujeres en la multifuncionalidad rural» que venimos realizando desde 2015 en la Universidad de Valladolid, con financiación propia. En el caso de María utilizamos un nombre ficticio, porque no hemos podido consultar con la entrevistada sobre la aparición de su identidad en este artículo y hemos preferido mantener el anonimato que suele utilizarse por razones éticas en las publicaciones científicas. En los otros dos casos, las protagonistas han autorizado la utilización de sus nombres reales y otros datos que las identifiquen. Hay que reconocer el protagonismo y el importante papel que todas ellas tienen en su contexto y en las nuevas ruralidades. Agradecemos a las mujeres entrevistadas su participación en la investigación y la generosidad compartiendo sus experiencias.

Palentina e iniciar un emprendimiento de turismo rural con su pareja y otros dos socios. Desde entonces habla con pasión sobre el edificio que compraron y restauraron para convertirlo en un hotel rural, de las actividades que han estado organizando y que le han permitido conocer a la gente de su entorno y de lugares distantes, así como del proyecto que viene desarrollando en la comarca desde entonces como geóloga. Así, vive implicada en diversas iniciativas colectivas de formación y de promoción turística de la comarca, la creación de asociaciones y el desarrollo de la candidatura y puesta en marcha del Geoparque Mundial de la UNESCO: Las Loras.

Como se puede comprender, los tres casos son una pequeñísima muestra de la gran diversidad de mujeres que habitan el medio rural y de las innumerables iniciativas que éstas están impulsando en esos territorios. Teresa López, como presidenta de FADEMUR (Federación de Asociaciones de Mujeres Rurales), expresa que:

«[...] se ha establecido un estereotipo de mujer sumisa, con poca iniciativa, que no corresponde a la realidad del mundo rural [...] somos 7 millones de mujeres las que vivimos y trabajamos en el medio rural, entre las que hay de todo: mujeres más o menos formadas, más o menos resignadas, absolutamente emprendedoras o sin iniciativa, mayores, jóvenes [...] toda la diversidad que puede darse entre 7 millones de mujeres».¹⁶

Aunque las estructuras y el simbolismo de género no se hayan transformado tanto como deseamos, mujeres jóvenes están ampliando el horizonte de posibilidades de ser para las mujeres en el medio rural y, no sin obstáculos, creando genealogías femeninas que impulsarán nuevos modelos de feminidad y masculinidad. Una base imprescindible para la sostenibilidad de esos territorios.

¹⁶ Citado en T. M. Ortega-López, «Una sociedad tradicional para jóvenes modernas. Juventud rural y asociacionismo femenino en la España democrática», *Historia Contemporánea*, núm. 54, 2017, p. 122.